

*Entre Eric Berne y Erich Fromm:*

*De la soledad a la urdimbre transaccional*

**Francisco Massó Cantarero**  
**Psicólogo Clínico, Diplomado EOI y Análisis transaccional (ALAT)**

Este trabajo tiene carácter integrador; toda vez que pretendo destacar tres confluencias entrambos autores, que adunan sus saberes, desde planteamientos distintos pero convergentes.

El nexos existente entre ambos autores es, creo yo, la **Psicología Social**. Ambos son psicólogos sociales: Fromm tiene mayores pretensiones filosóficas; él es un lírico de la humanidad, de sus construcciones y reconstrucciones a través de la Historia, mientras Berne sólo aspira a ser un psiquiatra - psicólogo social fenomenológico.

Fromm nos regala un saber de *phrónesis*, por utilizar la terminología neoplatónica de Zubiri. La reflexión de Fromm se vierte sobre la acción que entraña la vida misma del hombre, entendida como proceso creativo. A él no le interesan los saberes técnicos, que conciernen a la "*poiesis*", a la producción de obras ("*ergon*"), porque estos saberes originan una mecánica de intereses alienable y externa al hombre, que puede generar los caracteres comercial, explotador y acumulativo. A Fromm le interesa el hombre que está en actividad, el carácter productivo, capaz de desarrollar sus recursos en relación con el mundo y consigo mismo, la obra que cristaliza en autorealización, con un sentido holístico. El saber que concierne a este "*energeien*" es el saber de "*phrónesis*": una habitud de praxis, con razón verdadera acerca de lo que es bueno o malo para el hombre que se desarrolla dentro de un medio social y cultural, al tiempo que lo modifica.

Berne es, repito, un psiquiatra - psicólogo social, con un sentido pragmático que le sitúa más cerca del saber técnico que del saber noético. Influidos por los estudios antropológicos de Margaret Mead y Bateson, tiene, como ellos, el mismo prurito fenomenológico, que le lleva a intercalar en sus textos observaciones de campo en estado crudo, sin elaboración alguna, en espera de que sea el propio lector quien con su "inteligencia marciana" extraiga y concluya la esencia, o el "eidos" de la observación.

**I.- Hambres psíquicas o soledad**

Según Fromm, la soledad aumenta según avanza el proceso de individuación y la persona va prescindiendo de los vínculos primarios que le daban seguridad; pero también la soledad está en la base de la existencia, como necesidad a cubrir, yuxtapuesta y del mismo rango que la necesidad de satisfacer los impulsos biológicos, según podemos leer en el *Miedo a la libertad*.

Él diferencia entre la soledad física y moral, y entiende a esta última como dañina, en la medida que comporta la "*la falta de conexión con valores, símbolos y normas*". En Berne la desparentalización, o ausencia de extero-psiquis, refleja o es consecuencia de este grado de soledad terrible y "*destructor*", si se me permite este término posmoderno.

Berne define el **aislamiento** como la ausencia de transacciones y de caricias, o reconocimientos si preferimos un término menos naïf y conviene con Fromm en que la necesidad de relación es tan acuciante como pueda ser cualquier necesidad fisiológica; de tal modo que así como Fromm indica que la soledad moral conduce a la desintegración mental, Berne llega a decir que el aislamiento ocasiona la muerte psíquica. A este respecto, dentro de la escuela transaccional, Claude Steiner, anticipándose a la teoría de psicoimmunología en varias decenas de años, expuso la tesis de la muerte psíquica como preámbulo de la física. La observación lleva a Berne a concluir que, mientras el niño mantiene los vínculos primarios, experimenta ciertas necesidades, que no se pueden catalogar como fisiológicas, que él llama **hambres psíquicas**. Considera que son cinco: el hambre de estímulos, de reconocimientos, de posición existencial, de estructuración del tiempo y, la más tardía, el hambre de argumento o guión de vida. Vamos a concretarnos a las dos primeras:

#### **A) El hambre de estímulos:**

Es el origen de la curiosidad. Esta necesidad está demostrada por métodos experimentales y atestiguada también por los trabajos de Piaget, cuyo concepto de las reacciones circulares primarias y también, si cabe, las secundarias, corresponde a la necesidad psíquica de conocer el significado y valor teleológico de las cosas. El bebé, a través de su mirada sobre todo, muestra esa avidez inmensa de conocer. Cuando el niño ha adquirido la deambulación, dice Berne, se convierte en un Pequeño Profesor, un **marciano** recién llegado al que le interesa todo; el niño de dos años es un investigador ansioso de comprender y descubrir el significado finalista de las cosas (pensamiento operacional), su valor simbólico (pensamiento mágico); posteriormente, aparecerán el interés pragmático y relacional que corresponden al pensamiento abstracto. Este niño, inmerso en la urdimbre de las transacciones inevitables, por regla general, salvo los casos de estructuras familiares patógenas, no está solo ni física, ni moralmente, porque su propia hambre de estímulos, la necesidad de saber por sí mismo, mantiene al niño activo y en contacto fecundo con quienes le rodean, a los que espolea con un torrente de preguntas, propuestas de acciones exploratorias, inquietudes y mil ocurrencias más.

#### **B) Hambre de reconocimientos:**

Solapado con los procesos de desarrollo anteriores, el niño aprende a diferenciar entre los estímulos que pudiéramos llamar neutros desde el punto de vista afectivo, que hacen referencia a las cosas, y aquellos otros que, cargados emocionalmente, se reservan a las personas. Claro que, en plena fase de narcisismo primario, realmente, al niño le interesan principalmente los estímulos que hacen alusión a su persona. Es decir, aquellas transacciones que se dirigen a él, que es el importante, por supuesto. Berne llama a estas transacciones **reconocimientos**. No se plantea si el hambre de reconocimientos responde a una necesidad inmarcesible del narcisismo primario; sólo observa que el niño necesita constantemente reconocimientos, sea por existir o incondicionales, sea por hacer o condicionales, sea por tener cualidades o atributivos. Los reconocimientos son un contingente psicogenético valiosísimo para el niño, inquisitivo marciano, que se aplica con entusiasmo a crearse una identidad, una mismidad diferenciada de la alteridad, esto es, diferenciada de quienes le rodean. Los reconocimientos siempre comportan un cierto

contingente proyectivo y éste es mayúsculo en los reconocimientos que recibe el niño de los primeros estadios evolutivos. Hasta tal punto que, nuestra primera identidad es una metaidentidad, tal como define este concepto Ronald Laing: Comenzamos a creer sobre nosotros mismos lo que los demás, mediante sus reconocimientos, nos dan a entender. El hambre de reconocimientos no se agota en la infancia. En *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, dice Fromm: "*Todo adulto necesita ayuda, calor, protección, que difieren de las necesidades del niño en muchos aspectos y en otros se parecen a ellas*". Según Berne, la necesidad de caricias o hambre de reconocimientos, también evoluciona con la edad, aunque se mantiene como una necesidad psíquica primaria, sin cuya satisfacción se anulan las posibilidades conductuales, se altera la autoestima y se arriesga la pérdida del equilibrio psicológico.

## II.- Concepto de adaptación

Fromm piensa que nada atrae al hombre tanto como la seguridad que encuentra sometiéndose a un líder o a un sistema, mediante el proceso de **adaptación dinámica**. En *El Miedo a la Libertad*, define la adaptación dinámica como el proceso que desarrolla el niño "*sometiéndose a las órdenes de un padre severo y amenazador, porque lo teme demasiado para proceder de otra manera, transformándose en un buen chico*".

Berne considera que el proceso de adaptación es universal, sean los padres severos o benévolos, y que configura un estado funcional del yo, dentro de la arqueopsiquis.

Berne, inmerso en su realismo prosaico, encuentra que el hombre nace en un mar de transacciones, cuya configuración, contenidos e intencionalidades ya están establecidas de antemano. Dicho de otro modo, el bebé, tras nacer, es acogido en eso que el desaparecido Rof Carballo llamaba la "**urdimbre primigenia**", esa retícula inconsútil y sin fisuras que constituye la interacción humana. El niño viene a ser un actor en el gran teatro del mundo que es la historia, o mejor, la intrahistoria nuestra de cada día. El papel que va a representar y el guión de su vida entera será fruto del proceso interactivo.

La adaptación, según Berne, no sólo sirve para convivir, sino que es también una forma de ser, un modo de estar frente al mundo, que puede ser sumiso y rebelde. A su vez, cada una de estas fórmulas puede ser positiva y negativa. El tejido transaccional ofrece estímulos que favorecen la integración o la diseminación; luego, la persona, por economía de esfuerzo, se somete o se rebela ante ellos, adoptado las pautas de adaptación pertinentes. El niño se ve precisado a participar en la feria de las transacciones, desde el primer día de su vida; con la maduración, generará reacciones circulares primarias, reacciones circulares secundarias, etc., en definitiva irá generando hábitos, catexias, pautas de adaptación, que pueden ser de sumisión positiva, porque efectivamente son útiles para la persona, a más de congruentes con la estructura socio-cultural preexistente, o de sumisión negativa, porque para "*sobrevivir*" física o psicológicamente, la persona se ve precisada a someterse, arruinando su "*libertad de*" ser.

La adaptación rebelde, además de ser, en cualquier caso, una muestra de "*libertad para*" la singularidad, puede ser positiva cuando resulta asertiva, cuando la persona no se deja avasallar ni acepta arbitrariedades, aunque ello comporte un proceso dialéctico, más o menos violento, cuyo forcejeo, posiblemente, dará pie a múltiples juegos de poder y

contrapoder. Naturalmente, la rebeldía no es siempre funcional, toda vez que, en tanto que sistema de adaptación puede generar cuadros de tipo pasivo-agresivo y aun "borderline".

### **III.- Exteropsiquis y carácter social**

Fromm define el carácter social como "aquel núcleo de la estructura del carácter que es común a la mayoría de los miembros de un grupo, que se ha desarrollado como resultado de las experiencias básicas y los modos de vida comunes del grupo mismo."

Él considera que los padres no sólo aplican las normas vigentes en la sociedad, sino que son portadores del carácter social de sus grupos de pertenencia, que transmiten a sus hijos. De este modo, la familia resulta ser un "agente psíquico" de la sociedad.

Berne habla del proceso de impregnación, mediante el cual, como por ósmosis, el niño va introyectando el modelo de sus padres, y de todas las figuras de autoridad que haya "in loco parentium" (abuelos, maestros, tutores, educadores). El niño, inmerso en la urdimbre transaccional, aprende sin esfuerzo, sin necesidad de aplicar método discente alguno, observa, capta, imita, replica especularmente, sin tan siquiera tener intención transaccional. Posteriormente, procederá por ensayo-error en sus primeros balbuceos interactivos y así añadirá destrezas relacionales cada vez más complejas. Pero, sin darse cuenta, sin consciencia de ello, la persona habrá ido incorporando a su bagaje modos de reacción emocional, gestos, usos y costumbres, ideales, creencias y rituales, aspiraciones de todo género, valores morales, límites y aun tabúes, y, en general, todo cuanto entraña el patrimonio sociocultural del grupo primario y de los grupos sucesivos que le dan acogida. Todo ello configura la **exteropsiquis** berniana, la estructura psicológica externa al yo, que se incardina, por impregnación, en el seno del propio yo y deriva en partes funcionales del mismo. En resumen, la exteropsiquis es el carácter social introyectado, que se hace operativo automáticamente desde la médula misma del propio yo, porque forma parte de la identidad individual, aunque esté en sintonía plena con los patrones, ideales y paradigmas vigentes en la sociedad.

Fromm dice: *"nos convertimos en nuestro propio padre y nuestra propia madre y también en nuestro propio hijo"*. Funcionalmente, lo masculino del estado Padre del Yo en Berne recibe el nombre de Padre Normativo, mientras lo femenino se identifica como Padre Nutritivo. Es otra feliz coincidencia.

Finalmente, la espontaneidad, la autenticidad y la libertad, como autoconsciencia de individuación, separación e independencia, que según Fromm nos conducen a la soledad, de la autorealización, en Berne son criterios de salud e indican el fin del proceso de terapia.